

Arquitectura de escasez, arquitectura de antípodas

Germán Valenzuela

DEL TERRITORIO AL DETALLE



Escasez es uno de esos términos que, con cierta perplejidad, empezamos a escuchar reiteradamente. En su significado ambiguo —recordemos que proviene del latín *excarpsus* y supone aquello *escogido, selecto o raro*—, se esconde una condición simultánea positiva y negativa, siempre en tensión con su antípoda: *abundancia*.

Comprendido la mayor parte de las veces en su acepción economicista, lo escaso se entiende como el desequilibrio entre lo que se desea y la disponibilidad de aquello deseado. La falta de recursos suficientes para cubrir cierta demanda se reconoce como un *mal* que ha de ser corregido o, en su opuesto, algo que implica una oportunidad para quien pueda hacer uso de la exclusividad de su tenencia: un mercado de la escasez. En economía, la escasez se define entonces como la dificultad de acceso, y esto es manejable.

Diremos que escasez no significa, como lo concibe la mirada anteriormente descrita, ni pobreza ni riqueza; quizás éstas puedan provocarla, es verdad, pero no constituyen sus sinónimos. El ideal utópico de *recursos* ilimitados a los que tener acceso igualitario de similares bienes, equitativamente distribuidos *ad infinitum*, involucra en gran medida la explicación de ese equívoco desarrollista vinculado al actual uso abusivo de la naturaleza (nosotros en ella).

El binomio escasez-abundancia permite designar, por ejemplo, una propiedad que entraña una materia o un material que por su rareza resulta altamente valioso, una cualidad que posee un bien favorecido por características peculiares, o la adjetivación de una producción cultural que en tanto pieza única reviste condiciones particularísimas. La mirada económica dirá que son condiciones monopólicas del hacer humano y por ello están presentes en los actos creativos que proveen, las más de las veces, de especímenes originales *únicos* (escasez), destinados, en mayor o menor medida, a su replicabilidad (abundancia).

1. La imagen muestra el refugio arriero que a partir de una serie de materiales (mallas plásticas, varas, alambre, chapas corrugadas), todos ellos llevados a lomo de caballo, se suman a las piedras del lugar para conseguir capear el recio clima, el calor extremo y el viento helado nocturno del verano andino a las dos mil metros de altitud en la naciente del río Maule.

Así, la escasez acompaña conceptualmente tanto a la idea de prestigio —en la producción de exclusividad, por poner un caso— como a la de reproducción de la desigualdad que conlleva la dificultad de acceso, por lo que termina siendo una fuente de inestabilidad. Hablar de escasez es referirse a los conflictos.

Entonces la producción de objetos, ciudades o paisajes tiene en los recursos su piedra de tope. Pero la tensión entre ambas, escasez y abundancia, incluye una opción adicional de lectura, diversa a la visión puramente económica que ella contiene: pueden ser entendidos, los dos términos, como extremos, antípodas de una axialidad a ser explorada: lo escaso es lo que produce algún tipo de abundancia o, en la dirección opuesta, es lo abundante lo que puede producir aquella *rara avis*.

Lo abundante cuando es tratado como algo escaso, es decir, cuando lo cotidiano, lo genérico, lo vulgar incluso, es tratado como singularidad, parece apuntar a una oportunidad para repensar la relación que tenemos con el mundo, con la materia y con la producción del entorno. Lo común y por ello ordinario y doméstico, ampliamente disponible, abundante, trabajado fuera de su destino tributario, esto es, fuera del destino para el que ha sido concebido, reviste la oportunidad (no despreciable en los tiempos que corren) de *experimentar* sin mayor restricción sobre aquello que, agregado de valor a través de la exploración dialéctica de sus propiedades, pudiere convertirse en algo *único*, y aquí es donde ocurre la alquimia de las antípodas.

En este espacio de ambigüedad pendular donde se ha movido la arquitectura desde su invención, el extravío de una posmodernidad de puro mercado y un proyecto modernizador de improbable aplicabilidad, es que se manifiesta esta mirada sobre la producción arquitectónica desde «lo que hay disponible» como oportuna. Y hasta puede que esta particularidad de moverse en los territorios de la escasez provea un espacio identitario que hermane o enlace familiarmente a una parte de la producción arquitectónica de estas últimas décadas, en especial la de Latinoamérica, más allá de cualquier definición fronteriza: la inteligencia con que se consigue mucho con poco.

Los invitados al *Seminario del Territorio al Detalle* que organizamos en la escuela de Talca desde 2007, cuya selección a dado origen a este primer volumen, probablemente no se han cuestionado particularmente su aporte a una identidad regional determinada a priori. Tampoco el carácter global de sus formas de hacer está entre sus disquisiciones más contundentes. Ello porque si bien la arquitectura se resuelve con la mirada estrábica que supone la atención a lo general y a lo particular de aquello que cada obra significa y plantea, el afán de cada una parece tener más bien un carácter ensimismado. Se trabaja pues —y quienes aparecen en este libro así lo declaran— con lo que hay a mano para hacer con ello lo mejor y más apropiado en un momento específico, y cada uno de estos hechos contruidos resultan ser de interés global justamente por la pertinencia que envuelven.

Qué es lo latinoamericano no parece a final de cuentas una pregunta interesante, e incluso puede que sea discutible su relevancia, pero habría que anotar aquí que no existe proyecto moderno sin las Américas y que aquel impacto no resuelto de su instalación ha dejado a interpretaciones las diversas formas en que se produce aún el sincretismo del que somos parte. Las diversidades locales y las contaminaciones culturales de latitudes lejanas se manifiestan en forma de obras: la permanente revisión de lo particular en Benítez y en Caballero, de lo atómico en Montiel o Norero, de lo periférico en Al Borde y lo colectivo en *USINA*, de lo primitivo en Sáez y Rocha o de lo político en Moisset, Bonilla y Vekstein, así como de lo público en Ferraz o *LLONAZAMORA*, terminan por aportar a la lectura de una cierta idea de conjunto atizado siempre por la escasez y transformado en abundancia.